

crónicas, donde también los maestros habían sobresalido. Ni tampoco falta quien, como los mismos Mariana y Zurita, como Ribadeneyra, Sepúlveda y Valera, presente en sus obras doctrinas atrevidas sobre la organización de los pueblos, sus derechos, esencia y forma del poder supremo. Entre nuestros literatos, se encuentran negociadores tan hábiles como Mendoza, Quevedo, Saavedra. Honran las artes cuya gloria se prolonga por más tiempo, porque no asustan á la Inquisición ni al despotismo, arquitectos tan insignes como Toledo y Herrera, juntamente con Berruguete, Cano, Murillo, Velázquez, Zurbarán y otros mil que elevan la escultura y la pintura á un punto tal que la Italia misma nos lo envidia. No hay, en fin, ramo alguno de los conocimientos humanos que en España no sobresalga, dejando en todos insignes muestras de su ilustración y de su ingenio.

¿Cómo después de haber llegado á tanta altura, caímos en tal postración que da vergüenza el pensarlo? ¿Cómo hallándonos al frente de la civilización europea, vinimos á quedar tan rezagados, que nos

tomaron larga delantera pueblos tenidos por bárbaros en aquella época brillante? ¿Cómo nos vemos arrojados ignominiosamente del templo de las ciencias donde ocupáramos un día el más eminente puesto? Triste es recordar tan dolorosa historia; ni seré yo quien me atreva á recorrerla, y mucho menos á señalar todas las causas que contribuyeron á nuestro abatimiento intelectual. Sin embargo, no puedo prescindir de señalar algunos y de presentar varias consideraciones que han de servir á la inteligencia de lo que tengo que decir en el curso de esta obra.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

*(De la Instrucción pública en España.)*

---

## LA NOCHE BUENA DEL POETA

«En un rincón hermoso  
de Andalucía  
hay un valle risueño...  
¡Dios lo bendiga!  
Que en ese valle  
tengo amigos, amores,  
hermanos, padres.

### I.

Hace muchos años, — ¡como que yo tenía siete! — que al oscurecer de un día de

invierno, y después de rezar las tres Ave-Marias al toque de oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro, esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas; ya eres grande y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores. Esta noche es *Noche-buena*.

Nunca olvidaré el regocijo conque escuché aquellas palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de desprecio á mis otros hermanos más pequeños que yo, y me puse á discurrir el modo de contar en la escuela, al otro día de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera disipación de mi vida.

## II.

Eran ya las ánimas como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: á noventa leguas de Madrid: á mil leguas del mundo: en un pliegue de Sierra Nevada!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos!

Un enorme tronco de encina chiporro-

teaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia: en seguida se hallaban mis padres; luego nosotros y, entre nosotros los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la casa, y á todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban en pie y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta al fuego.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea: ¡por el camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba á lo lejos hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa; yo les acompañaba, á pesar suyo, con una gran zambomba que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¿Conocéis la canción de los aguinaldos,

la que se canta en los pueblos del lado oriental del picacho Veleta?

Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Noche-buena  
y mañana Navidad;  
saca la bota, María,  
que me voy á emborrachar.

Y todo era bullicio; todo contento: los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosolí, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir á misa del gallo á las doce de la noche, á los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos hecho los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Noche-buena se viene,  
la Noche-buena se va,  
y nosotros nos iremos  
y no volveremos más.

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquél un raptó de intuición impropio de mi edad, fué un milagroso presentimiento, fué anuncio de los inefables tedios de la poesía, fué mi primera inspiración. Ello es que ví con una lucidez maravillosa los tristísimos destinos de aquellas tres generaciones allí reunidas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entra ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna.

¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo!

¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieron después!...

La Noche-buena se viene,  
la Noche-buena se va...

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los he-

chos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

¡Y nosotros nos iremos  
y no volveremos más!

¡Concepto horrible; sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que nos daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Noches-buenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre, los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera Noche-buena de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores á mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron también á mis ojos mil *Noches-buenas* más, que vendrían periódicamente robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes,—mis hermanos que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que

nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas brasas hechas cenizas; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba; y como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño, y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas por consiguiente mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser ya demasiado hombre (según sospecho yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida...

Al cabo debí dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversación la misa del Gallo, la de los Pastores, y el sorbete proyectado.

P. A. DE ALARCÓN.  
(Cosas que fueron)

### FRAGMENTO

DE UN DISCURSO ACADÉMICO SOBRE LA BIBLIA

Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados la estrella del Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatarse las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Este libro es la *Biblia*, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus gemidos: en él vió Dante sus terroríficas visiones: de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de su canto. Sin él Milton

no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar, con canto de dolor, la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba á Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál aprendió Calderón á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos

de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Porque en la Biblia están escritos los Anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será: en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas: y en su última página el fin de las cosas y el de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio; y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó á los mundos; como la primera aurora

que se levantó en el cielo, como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, vense pasar, unas en pos de otras, á la vista de Dios, todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos: las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; los reinos con sus reyes; los imperios con sus emperadores: Babilonia pasa con su abominación; Níneve con su pompa; Memfis con su sacerdocio; Jerusalén con sus profetas y su templo; Atenas con sus artes y con sus héroes; Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

Allí se cuentan y se predicen todas las catástrofes; y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias: allí se hace el recuento de todos los do-

lores humanos: por eso las arpas bíblicas resuenan lúgubrementemente, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elegías. ¿Quién volverá á gemir como Job, cuando, derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime, hiende con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá á lamentarse como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalén, abandonada de Dios y de las gentes? ¿Quién será lúgubre y sombrío, como era sombrío y lúgubre Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba á los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia? Cuéntanse allí las batallas del Señor, en cuya presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres: por eso la Biblia, que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elegías, y de todas las lamentaciones, contiene también el modelo inimitable de todos los cantos de victoria. ¿Quién cantará como Moisés, del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraón, y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá á

cantar un himno de victoria como el que cantaba Débora, la sibila de Israel, la amazona de los hebreos, la mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de victoria pasamos á los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resonaron jamás como en el de Israel, cuando subían al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, concertadas, con el delicado perfume de las rosas de Jericó, y con el aroma del incienso de Oriente? Si buscáis modelos de la poesía lírica, ¿qué lira habrá comparable con el arpa de David, el amigo de Dios, el que ponía al oído á las suavísimas consonancias, y á los dulcísimos cantos de las arpas angélicas; ó con el arpa de Salomón, el rey sabio y felicísimo, que puso la sabiduría en sentencias y en proverbios, y acabó por llamar vanidad á la sabiduría; que cantó el amor y sus regalados dejes, y su dulcísima embriaguez, y sus sabrosos transportes, y sus elocuentes delirios? Si buscáis modelos de la poesía bucólica, ¿en dónde los hallaréis tan frescos y tan puros como en la época bíblica del patriarcado; cuando la mujer, la fuente y la flor eran amigas, porque todas juntas y cada una de

por sí, eran el símbolo de la primitiva sencillez y de la cándida inocencia? ¿Dónde hallaréis sino allí los sentimientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos, y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales?

Y ved, señores, por qué todos los grandes poetas, todos los que han sentido sus pechos devorados por la llama inspiradora de un Dios, han corrido á aplacar su sed en las fuentes bíblicas, de aguas inextinguibles, que ora forman impetuosos torrentes, ora ríos anchurosos y hondables, ya estrepitosas cascadas y bullidosos arroyos, ó tranquilos estanques y apacibles remansos.

Libro prodigioso aquel, señores, en que el género humano comenzó á leer treinta y tres siglos há, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aun no se ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos, en que, sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que, sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que, sin docu-

mentos históricos, se cuenta la historia; en que, sin estudios físicos, se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel, que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia, y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, señores, que, cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz, y se apaguen las estrellas, permanecerá el solo con Dios, porque es su eterna palabra, resonando eternamente en las alturas...

JUAN DONOSO CORTÉS.

---



¿CUANDO ESTA FIJADO UN IDIOMA?

¿CUÁNDO SE FIJÓ EL CASTELLANO?

---

Larga y trabajosa fué tal preparación, habiéndose llevado á cabo entre sangrientas guerras y continuos trastornos, entre densas tinieblas y penosas contradicciones, ó sea durante la que llamamos *Edad media*, prolongado y curiosísimo paréntesis de diez siglos entre la civilización romana y la moderna.

Los albores del renacimiento y el espíritu de erudición encontraron ya *formado* el castellano, pero no *fijado*, porque las lenguas no pueden considerarse fijadas hasta que, á fuer de organismos vivientes, han adquirido toda su talla, tomado un carácter definitivo, y revelado su idiosincrasia, que es decir su temperamento propio, individual, idiomático. Las lenguas vivas tienen sus *edades*, y hasta sus *minoridades*, y la fijación de su existencia en la Historia no puede declararse hasta que han florecido y dado frutos sazonados. En rigor, *formado* se halló el latín cuando en este idioma se

escribieron las leyes de las Doce Tablas, y más formado todavía estaba cuando *Plauto* y *Terencio* escribían sus comedias; pero el latín noble, el latín *fijado*, aun había de tardar siglos, durante los cuales nada se vió por cierto comparable á la elocuente prosa de *Tito Livio*, ni á los armoniosos versos de *Virgilio*. Así también en el castellano: evidentemente iniciada se hallaba su formación en tiempo de *San Isidoro*; formado en rigor estaba en 1155, cuando la confirmación de la Carta-puebla de Avilés; muchísimo más formado en el *Poema del Cid*, en las admirables *Partidas* y otros monumentos escritos en la época de *Alfonso el Sabio*; pero hay que avanzar hasta los tiempos de *Juan de Mena* y sus sucesores, despedirse del siglo xv, y entrar un buen trecho en el xvi, para ver á nuestro idioma como reconstituído, regenerado, y desplegar en seguida todo el vigor, toda la gallardía y bríos que autorizan su fijación. Entonces fué cuando los *Romances* eclipsaron á los *Cancioneros*, la modesta *Crónica* y la cándida *Leyenda* se remontaron á la majestad de la *Historia*, la *Novela* reemplazó á los *libros*

de *Caballerías*, los *Refranes* se levantaron á *Filosofía*, y la tosquedad de las antiguas farsas y de los *juegos de escarnio*, como llaman las *Partidas* á las representaciones escénicas del siglo XIII, empezó á verse sustituida por cierta cultura y decencia en un nuevo *Teatro*. Bien sé (porque él mismo nos lo dice en su *Arte nuevo de hacer Comedias*), bien sé que *Lope de Vega* encerraba los preceptos con seis llaves, al componerlas; más lo que por fortuna no pudo encerrar, fué la grandiosidad de los asuntos, el interés de las situaciones, la nobleza de los caracteres y el arte inimitable del diálogo, que formaban el distintivo del Teatro español.

Entonces tuvimos una literatura propia y exclusivamente nacional, porque el humilde *dialecto* de los tiempos antehistóricos, el desaliñado *romance* de la Edad Media, era ya un idioma nacional, una lengua idónea para dar agraciado cuerpo á todas las creaciones intelectuales de la nueva época. Entonces fueron posibles las obras inmortales de *Garcilaso* y de *Hurtado de Mendoza*, de *Fray Luis de León*, de *Fray Luis de Granada*

y de *Santa Teresa*, de *Lope de Vega* y *Cervantes*, de *Fernando de Herrera* y de *Quevedo*, y otros cien autores esclarecidos, cuyos nombres esmaltan nuestra historia literaria del siglo XVI. Entonces, en fin, pudo *Alfonso de Palencia* ordenar un primer *Diccionario* (1490), Antonio de *Lebrija* componer la primera Gramática (1492), y Juan de Valdés su precioso *Diálogo de las lenguas* (1536).

En una palabra, las lenguas no pueden considerarse  *fijadas*  hasta que tienen una literatura propia, rica y completa. Entonces han alcanzado el máximo de su estatura, y entonces cabe medirlas, ó sea formar el inventario de sus vocablos, consignar su sistema gramatical, declararlas *idiomas nacionales*, y asegurarles un porvenir en la Historia, como impresión fiel é indeleble que serán del estado de cultura del espíritu humano en una nación y épocas dadas.

La lengua castellana mereció todas estas honrosas declaraciones en el siglo XVI. Mereciólas, y las obtuvo, por dicha suya, con una pompa singular y sin ejemplo en los anales del mundo. Acompañólas, en efecto, el estruendo del

cañón vencedor de Pavia, de San Quintín y de Lepanto, y las precedieron, como providencialmente, los dos descubrimientos más señalados de las edades modernas: el de la imprenta y el de la América: el de la imprenta, como signo de la diuturnidad de la nueva lengua, y el de la América, como signo de la extensión universal que iba á recibir, y que aún dura; porque si bien carece de la cabal exactitud que tuvo en otros tiempos el dicho de que el sol no se pone jamás para los dominios españoles, todavía cabe decir con toda verdad que *el sol no se pone nunca para el idioma de Castilla.*

PEDRO FELIPE MONLAU.

(*El Arcaísmo y el Neologismo.*)

---

## REFLEXIONES

No ha de reputarse amor de gloria el ridículo vanidoso empeño de transmitir por cualquiera medio nuestro nombre á la posteridad. Transmítelo esplendoroso é inmaculado, y mucho más allá del sepulcro dilata siglos y siglos la vida,

quien amó la honra, la ciencia y la virtud por sí mismas, y con fe y abnegación incontrastables. Ruin fama, y odiosa y aborrecible, la del que se arroja en su dañada intención á incendiar el efesino templo; la del que entrega al justo para que le crucifiquen; la del traidor que abre al ismaelita aventurero las puertas de la patria. Pero gloria envidiable seguramente la de Ictino y Rafael, la de Homero y Cervantes, la de Luis de Granada y el Angel de Aquino; la de Cortés y Guzmán el de Tarifa.

Mucho yerra quien sólo quiere para sí el alimento y regalo del cuerpo y del espíritu; ponzoñosa fiera es aquel á quien mortifican y entristecen la dicha, la fama y la virtud de los demás, cuando por divina permisión; en la ajena felicidad consiste la mayor fragancia y realce de la nuestra. Perversísima y desastrosa manada de hombres aquella que trata, y se sale con la suya, de no diferenciarse de los brutos asidos á la tierra y esclavos de su vientre, pensando, necios, que con el cuerpo muere el alma, incapaces de nada bueno, santo y noble, tragadores de haciendas, devoradores de

pueblos, demoledores de cuanto admirable respetaron los siglos, y perseguidores furibundos de la verdad y de la justicia. Aliéntanse y entronízanse con la impunidad del crimen, por ignorancia, flojedad é imprevisión de príncipes y repúblicas menguadas, causa y móvil siempre de espantosas catástrofes, y de que en perdición y muerte se coja el fruto del execrable lazo que á los malvados une.

¡Tiempos desventurados, infelicísimos, aquellos en que la riqueza y suntuosidad está en los palacios y casas de los ciudadanos, y la pobreza y miseria en los templos de Dios! ¡Más desventurados é infelices aquellos otros en que los vasos, pinturas y ornamentos del santuario, revueltos con impúdicas imágenes, engalanan el camarín del sibarita y el almacén del presumido y avaro! ¡Calamitosísimo siglo el de la pobreza pública y los particulares opulentos! Los excelsos y prepotentes varones de las grandes épocas adornaron los templos con su piedad y las casas con su gloria.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

(El libro de Santoña.)

## LOS ARTISTAS

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual. En lo antiguo había pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados. Hoy sólo hay *Artistas*; y en esta calificación entran indiferentemente, desde el pincel de Apeles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fidias, hasta las alcarrazas de Andújar; desde el compás de Vitrubio, hasta el cuevo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista*; el motilón que echa tinta en los moldes, *Artista* también; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distinguido Artista*; el que toca la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares*; el herrador de mi calle, *Artista veterinario*; el barbero de la esquina, *Artista didascálico*; el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo*; el que lee el *Laberinto* ó el *Semanario*, los socios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros ó al teatro, los que forman corro alrededor de la murga, *Artistas de afición*; el perro que baila, el